



PERSPECTIVA DE GÉNERO EN EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN

Mirta S. Lojo Suárez

Universidad Autónoma de Barcelona

Palabras clave: violencia de género, relaciones igualitarias, estereotipos, androcentrismo en educación, microviolencias.

RESUMEN

El análisis y atención hacia los múltiples factores de diversidad presentes en la escuela de hoy, ponen nuevamente en el tapete la necesidad de implementar prácticas socializadoras. La atribución de características consideradas propias del género femenino y del masculino condiciona el proyecto de desarrollo integral de las personas y proyectan hacia el futuro un horizonte restrictivo de realización. En estos momentos, que tanto se habla de Ciudadanía y de Cohesión social, es necesario repensar las relaciones entre mujeres y hombres como una necesidad de primer orden, para establecer las bases educativas que puedan prevenir todas las formas de violencia contra las mujeres y promover una socialización libre de prejuicios.

DESARROLLO DEL TEMA

Si, en términos muy generales, el proceso de socialización tiene como finalidad la adaptación individual a las dinámicas sociales propias de cada contexto, entendiendo que esta idea comporta variabilidad en las pautas según las épocas y los lugares y también según los grupos de pertenencia, resulta que todo aquello considerado aceptable o deseable en la conducta está sujeto a las costumbres, normas, prácticas y creencias que regulan la vida de cada sociedad. Y, dentro de una misma sociedad, en los diversos ámbitos de actuación, los grupos también se rigen por dinámicas y características singulares.

El traspaso cultural a las nuevas generaciones resulta imprescindible para garantizar la reproducción social, la transmisión del conocimiento y la convivencia, pero la manera de entender el buen funcionamiento de la sociedad depende de la perspectiva desde la cual ésta sea considerada y, por lo tanto, la apreciación nunca es neutra. Así, los paradigmas referenciales son en parte constitutivos del proyecto de sociedad que se quiere construir, que se quiere perpetuar o que se quiere transformar.

La oferta de modelos de socialización sin embargo, no comporta una adhesión pasiva a los mismos, sino que cada persona construye su identidad desde la singularidad de su existencia, en una compleja red de interacciones permanentes entre entorno y subjetividad. En este sentido, se trata de procesos que disfrutan de un gran dinamismo y que afectan todo el ciclo vital de las personas, pero es en



PERSPECTIVA DE GÉNERO EN EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN

las primeras etapas del desarrollo cuando el entorno ejerce su influencia de una forma más intencional y sistemática.

Un aspecto específico de la socialización es el referido a la socialización de género. Las expectativas que se generan, desde el momento mismo en que se sabe que una mujer está embarazada, remiten a las definiciones de feminidad y masculinidad propias de cada contexto social y histórico. Los roles que se atribuyen a mujeres y hombres, más que determinados por condicionantes biológicos, son contruidos a partir de la herencia cultural y sirven para ordenar de forma sistemática unas relaciones de poder. Así, las diferencias entre ambos colectivos se traducen en desigualdades, cuando uno de los dos sexos, el femenino, queda subordinado al otro, el masculino, y cuando en una visión androcéntrica del mundo, este último recibe la consideración de referente universal.

Este orden social se reproduce a nivel individual a partir de las representaciones simbólicas de los sexos. Los roles sociales pueden llegar a la estereotipia, es decir, a una conceptualización dual y excluyente de las características consideradas femeninas y masculinas. Por ejemplo, si se toma en consideración la tendencia a la acción, la pasividad remite a la esfera femenina mientras que, en el polo opuesto la actividad remite a la masculina.

Los contenidos de estos patrones, aunque dominantes, no se reproducen en la construcción de la identidad de una manera única, como ya se ha dicho, sino que son resignificados de acuerdo con las características individuales y experiencias de cada persona. Aun así, a nivel social se producen situaciones de desigualdad y de segregación vertical y horizontal en la mayoría de ámbitos (económico, sanitario, laboral, etc.).

El mundo de la educación, pese a ser privilegiado en muchos aspectos por su función compensadora de las desigualdades, no garantiza las mismas oportunidades de desarrollo a chicas y a chicos. No se trata de igualar a los dos colectivos desde una uniformidad artificial o a una homogeneización androcéntrica sino que se trata de construir escenarios de libertad en los que no haya ningún tipo de barrera real o simbólica que condicione el desarrollo y los deseos de cada persona a causa de su sexo.

De hecho, según varios estudios, una buena parte del profesorado manifiesta que no hace ningún tipo de diferencia entre los dos colectivos, cuando muchas evidencias ponen de manifiesto que sí que se hacen, como por ejemplo, el tan ampliamente extendido uso androcéntrico del lenguaje, con sus repercusiones en el plano simbólico.

Otro ejemplo, es el referido a las elecciones formativas y profesionales, que tienen lugar al finalizar la etapa obligatoria. Los datos estadísticos del Departamento de Educación de la Generalitat de Catalunya, referidas al curso académico 05-06, desagregadas por sexo, evidencian una clara concentración de chicas o de chicos según las ramas profesionales (sexo de las profesiones) o los estudios. Así, mientras que en las modalidades de Arte, Ciencias de la Naturaleza y la Salud y Humanidades y Ciencias Sociales se matriculan más de un sesenta por ciento de chicas y por lo tanto la matrícula de los chicos no llega al cuarenta por ciento, en la modalidad de Tecnología la matrícula de las chicas no llega al veinte por ciento y en cambio la de los chicos supera el ochenta por ciento.

Si se toman en consideración los ciclos formativos de grado medio todavía se encuentran diferencias más acusadas. Por ejemplo mientras que en Electricidad y Electrónica el noventa nueve por ciento (99%) de la matrícula corresponde al sexo masculino en Imagen Personal el noventa siete por ciento (97%) corresponde al sexo femenino; y, mientras que en Informática el noventa uno por ciento (91%) corresponde a matriculación de chicos en Servicios Socioculturales el noventa dos por ciento (92%) corresponde a matriculación de chicas.

Estas cifras y porcentajes tienen su continuidad en los estudios universitarios y su correlato en la formación de los programas de transición al trabajo y en la formación ocupacional. Actualmente en Catalunya, la población estudiantil universitaria femenina es mayoría, desde luego que con la excepción de la Universidad Politécnica de Catalunya, pero la distribución por carreras también evidencia una fuerte marca de género. A modo de ejemplo, valga mencionar un noventa seis por ciento (96%) de mujeres matriculadas en Logopedia en la Universidad Autónoma de Barcelona, un ochenta dos por ciento



CONTEXTOS EDUCATIVOS ESCOLARES: FAMILIA, EDUCACIÓN Y DESARROLLO

(82%) de mujeres en Psicología, i, un noventa seis por ciento (96%) de mujeres tanto en Educación Especial como en Educación Infantil de los estudios de Magisterio de la misma universidad.

El proceso de socialización de chicas y de chicos, que en una buena parte tiene lugar en los escenarios escolares, se ve influenciado por las expectativas del profesorado respecto a diversos aspectos, tales como rendimiento, intereses y actitudes entre otros, que se ponen en juego en los procesos de enseñanza aprendizaje y en toda la vida relacional del centro. Las creencias sobre las posibilidades académicas y profesionales de los grupos de adolescentes, a partir de su sexo, ponen en compromiso el horizonte de oportunidades de los mismos, acercando sus preferencias electivas a las expectativas generadas inicialmente en los docentes (EfectoPigmalió). Este mecanismo, desarrollado generalmente de forma inconsciente, junto con los contenidos curriculares y la metodología de las clases orientan de una forma continuada e infundada en las áreas de conocimiento las preferencias del alumnado.

En otro orden de cosas, sólo para ilustrar la vigencia del peso de la sociedad patriarcal y de la jerarquización de los roles de mujeres y hombres, sirva como ejemplo la lacra de la violencia directa contra las mujeres ejercida por sus parejas o ex-parejas o por algún otro hombre del entorno inmediato. Esta violencia, que puede ser de orden sexual, económico, físico o psicológico, no tiene como causas el alcoholismo ni la enfermedad mental ni tampoco va asociada a los estratos sociales más bajos o marginales, sino que justamente responde a un orden social que se basa en la sumisión de las mujeres. Las administraciones están intentado dar respuesta a este grave problema a través de una legislación adecuada pero muchas de las prácticas sociales que propician la subordinación todavía tienen un peso considerable.

Ahora bien, esta violencia explícita, y por lo tanto visible, sólo es la punta de iceberg de una violencia anclada en los propios orígenes de nuestra civilización y en nuestra cultura. Las imágenes femeninas y masculinas en el simbólico colectivo comportan todo un conjunto de creencias, normas, actitudes y prejuicios que de manera inconsciente avalan las desigualdades. Al no estar en el plano de la conciencia, esta violencia queda invisibilizada y aparece en forma de microviolencias en la vida cotidiana, sin la posibilidad de ser identificadas, denominadas y por lo tanto erradicadas. Se trata de comportamientos que se naturalizan y que esconden el sustrato que los posibilita.

En los fenómenos psicosociales que tienen lugar en los centros educativos las representaciones simbólicas juegan un papel fundamental. Así, todas las interacciones están configuradas desde las creencias, pensamientos, emociones y deseos que forman parte de la subjetividad de todos los grupos, donde los prejuicios sexistas también son presentes. Por ejemplo, el hecho de explicar o escuchar un chiste con una carga de desprecio hacia el cuerpo femenino o el hecho de invisibilizar a través de la palabra la presencia de las mujeres son formas de violencia que no se perciben como tales, porque no hay conciencia de la desigualdad y por lo tanto son considerados como "normales" o "naturales", cuando en realidad se trata de construcciones socioculturales susceptibles de ser modificadas.

Los sistemas de valores subyacentes a aquello que se considera femenino y a aquello que se considera masculino forman parte, sin duda, de una esfera que se podría llamar humana. Sin embargo, estas representaciones, tradicionalmente, han abocado a mujeres y hombres a experiencias diferentes. Así, la masculinidad hegemónica potencia la iniciativa, la agresividad, la acción y el dominio, características todas ellas que, sin la intervención de la empatía, la responsabilidad y el cuidado de las personas, más propias de la experiencia femenina, abocan a los jóvenes no sólo a comportamientos violentos contra las otras personas sino también contra sí mismos, tal y como ponen de manifiesto los datos sobre siniestralidad vial.

Los procesos de socialización que emergen de estos valores configuran instancias diferenciadas según el sexo, que limitan las posibilidades de realización de todas las personas. Por citar algunos ejemplos bien conocidos, téngase en cuenta que todavía hoy en día los lugares de toma de decisión en el ámbito público, en todas las esferas sociales, se distribuyen de forma claramente asimétrica. Las condiciones laborales de mujeres y hombres, tanto con respecto a tipos de contratación, como a tasas de paro y de ocupación, y también de masa salarial son desiguales con menoscabo del sexo femenino.



PERSPECTIVA DE GÉNERO EN EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN

La segregación horizontal en el mundo profesional comporta una valoración superior de las profesiones consideradas “duras o masculinas” delante de aquellas tradicionalmente consideradas como femeninas, cosa que afecta al prestigio y a las ganancias.

Al lado de estos prejuicios para el colectivo femenino también conviene tener en cuenta las desventajas que comporta para el masculino la identificación con la masculinidad hegemónica. Las dificultades por comprender y expresar sentimientos relacionadas con un inferior desarrollo de la esfera emocional y las menores posibilidades de resolver los conflictos a través del uso de la palabra y el diálogo comportan una merma en el crecimiento personal y relacional. Si además, se espera que los chicos sean valientes, decididos, tengan iniciativa y utilicen la fuerza física ante cualquier tipo de agresión, se puede generar un profundo malestar en aquellos que no responden al estereotipo, como consecuencia de esta presión psicológica, sobre todo en los niños y adolescente más sensibles o que no disfrutaban del fútbol o de los deportes como corresponde a su rol.

No es difícil encontrar en los hogares o en la escuela infantil, niños que juegan con muñecas, con cochecitos de bebé o con cocinitas o que se demuestran afecto de la misma manera que hacen las niñas. Del mismo modo la manifestación de sentimientos tampoco presenta diferencias sustanciales aun cuando el proceso de socialización se inicia en el mismo momento del nacimiento y a edades muy tempranas ya se pueden evidenciar diferencias, que con el tiempo se van acentuando cada vez más. Los mecanismos a través de los cuales se construyen identidades y roles se generan en las interacciones con el entorno relacional y social. La negociación permanente de significados entre persona y grupo comporta importantes diferencias interindividuales, pero a nivel general se pone en evidencia la existencia de los estereotipos.

La referencia anterior al momento del inicio del proceso de socialización se fundamenta en varios estudios, que aportan datos sobre la manera específica de relación de madres y de padres según el sexo de los bebés. Por ejemplo, la forma en que se coge y se tiene en brazos, la manera como se le habla y las palabras que se le dirigen a una criatura de meses son muy diferentes según se trate de una niña o de un niño. Otros elementos diferenciadores son la ropa, el calzado y el tipo de juguetes, que en su conjunto contribuyen a desarrollar intereses, gustos, habilidades y destrezas diferenciadas en razón del sexo.

En las relaciones con el entorno, infantes y adolescentes reciben de forma explícita e implícita refuerzos positivos y negativos para conductas deseadas o indeseadas respectivamente. La aprobación y la desaprobación adulta no siempre se manifiesta de forma directa y con palabras, a menudo una mirada, un gesto o un silencio pueden ser un fuerte estímulo para la fijación o la tendencia a la extinción de determinados comportamientos. Las personas adultas involucradas de forma más directa, familia y profesorado, por su parte, tampoco son conscientes de sus actitudes, sino que reproducen de manera más o menos consciente su escala de valores y las representaciones simbólicas construidas en su propio proceso de socialización.

CONCLUSIONES

Por lo tanto, no se trata de encontrar culpas ni culpables sino de reflexionar sobre el modelo de persona y de sociedad que se considera más evolucionado e de ir incorporando los cambios necesarios para la construcción de una nueva ciudadanía y de un mundo relacional más positivo y satisfactorio. La tendencia a asumir, algo más que en el pasado, algunas responsabilidades domésticas por parte de los hombres, marca el inicio todavía tímido del intento de corresponsabilización en las tareas de cuidado, ámbito tradicionalmente reservado a las mujeres. En la medida que los hombres compartan las responsabilidades domésticas y familiares en igualdad de condiciones que las mujeres, estas por su parte dispondrán de más oportunidades para su promoción profesional y goce de tiempo libre.



CONTEXTOS EDUCATIVOS ESCOLARES: FAMILIA, EDUCACIÓN Y DESARROLLO

El juego simbólico de las primeras edades que sirve para el aprendizaje de las normas y roles sociales puede significar una excelente oportunidad para comprender que cuidar la vida no es una virtud natural grabada en los genes de las mujeres sino una aspiración de carácter humano, que por lo tanto también deben desarrollar las personas de sexo masculino. Dar valor a la palabra de las mujeres y a su experiencia histórica no sólo significaría una ventaja para las mujeres sino para toda la sociedad, es decir, también para los hombres.

El proceso de socialización, visto desde esta perspectiva, comporta un gran reto para el mundo de la educación y pese a las muchas iniciativas por superar los moldes tradicionales de género, todavía queda un largo camino por recorrer. En este sentido, el trabajo que proponemos desde el nuestro proyecto enlaza plenamente con esta voluntad de mejora. De una parte, como reflexión para la erradicación de la violencia contra las mujeres y por otra como educación integral de la persona, como fuente de crecimiento y satisfacción personales y como generadora de relaciones igualitarias y positivas en los planes personal y comunitario.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Harding, S. (1996). Ciencia y feminismo. Madrid: Morata.
- Lojo, M. (2007). Formació per a la igualtat en els programes de transició. Un enfocament integrat de gènere. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Lojo Mirta. (2005). Jerarquització de les oportunitats educatives en funció del gènere. En M. J. Comellas (Coordinadora), L'orientació psicopedagògica en el marc escolar, familiar i social (pp. 95-100). Barcelona: UAB.
- Sau, V. (1990). Diccionario ideológico feminista. Barcelona : Icaria.
- Sau, V. (2001). Diccionario ideológico feminista.. VOL.II. Barcelona: Icaria.
- Urruzola Zabalza, M. J. (1996). Aprendiendo a amar desde el aula. Educación Secundaria. Bilbao: Maite Canal.

Fecha de recepción: 28 febrero 2009

Fecha de admisión: 19 marzo 2009

